

RESEÑAS

1. **SANTANA PÉREZ, Juan Manuel:** *“IMPULSO A LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN EL REINADO DE CARLOS IV”*, en *Cuadernos del Sur. Historia*, Nº. 28, Buenos Aires – Argentina, Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, 1999; pp. 273-292.*

Miguel Angel Rodríguez LorenZo**

El interés de este trabajo no radica sólo en el tema o los datos (sustentados en una exhaustiva revisión bibliohemerográfica) que recoge, en torno a él, el autor, catedrático de la insular *Universidad de Las Palmas de Gran Canaria*; puesto que devela, desde la perspectiva hispana, un período histórico que, usualmente, es descuidado en los manuales y también en los textos especializados de Historia, puesto que al reinado de Carlos IV° le correspondió estar ubicado tras el del “ilustrado” Carlos III° y haberle correspondido la abdicación ante el emperador Bonaparte y sus tropas, luego de la que el “protagonismo” recae en su hijo Fernando VII°. El interés que despierta este artículo del historiador canario Santana Pérez se ubica, para nosotros, en la invitación a pensar la Historia en su doble significado de aludir a los hechos que la constituyen y también al relato—“análisis” o la “explicación”—reconstrucción sobre ellos (esto es: a los seres humanos, en tanto hacedores de ella y —a la vez— constructores del discurso que se elabora en torno a ella y que es el que

* NOTA DEL COMITÉ DE REDACCIÓN: esta reseña fue elaborada a comienzos de 2000, también a comienzos de ese año fue presentada a la revista y su COMITÉ DE ARBITRAJE aprobó su publicación.

** Licenciado en Historia (U.L.A.: 1983). Magister Scientiae en Filosofía (U.L.A.: 1995). Profesor Asistente adscrito al Departamento de Historia Universal de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes.

trasciende y llega a las generaciones futuras); pues reflexionar sobre la Historia (y, tal vez, en este acto tan definitorio de la esencia de lo que es el ser humano, el *hecho*, el *tema* y los *protagonistas* que se escogen para el acto de *pensar la Historia* son, más bien, una *excusa* que algo determinante) implica abordar el escurridísimo tema de la “*verdad histórica*”, la cual es más una quimera que una realidad alcanzable; no sólo porque lo que suele trascender de los hechos es más la *versión* (histórica o no) sobre ellos, que éstos mismos; sino también porque, pese a que puede recurrirse a una estricta crítica de fuentes y a un exigente aparato crítico a la hora de hacerse la exégesis histórica de un acontecimiento —aún contándose con el mayor número posible de testimonios y documentos— el juego de valores de los que participa el historiador (para señalar un caso extremo), aún imperceptiblemente, lo conducirán a “resaltar” causas, “obviar” características, “olvidar” consecuencias... y la “*verdad histórica*”, como la arena, siempre se escurrirá entre las manos que pretenden atraparla y ellas deben conformarse con los pocos granos que se adhieren a sus surcos...

Así, en cuanto al reinado de Carlos IV° en España, desde la mirada de las sátiras que circularon en su contemporaneidad y los cuadros de Goya, señala Santana Pérez, se han difundido versiones “historiográficas” que lo minusvaloran, al caracterizarlo como más interesado en la cacería, la carpintería y la colección de relojes, que en los asuntos del gobierno; aparte de señalarlo como de carácter benevolente y débil y —además— casado con una mujer dominante...

Por otra parte, también se le achaca al gobierno de Carlos IV la pérdida del terreno que había ganado, con Carlos III, la Ilustración en España; lo cual matiza el autor que aquí reseñamos, indicando:

1. El pensamiento español se hallaba dividido en tres sectores: *antirreformista*, *reformista* o *ilustrado* y *preliberal* o *reformista* (los representantes de este último, en 1808, con su protagonismo, mostraron su particular consistencia, la cual es necesario atribuir a cierta continuidad y no a un mero surgimiento espontáneo).

2. De 1789 a 1791 circularon en España folletos de propaganda ideológica identificada con la Francia revolucionaria (la recurrencia a la Iglesia y a la Inquisición para enfrentarla denotaría la significación que aquella tuvo).
3. De 1792 a 1795 resurgieron en España las Sociedades Económicas de Amigos del País.
4. Hasta 1798 hubo aliento, desde la Corona, para la prensa y los escritores que se ocupaban de la Ciencia y la Economía Política.
5. Bajo el gobierno de Godoy se crearon escuelas de Cosmografía, Medicina y otras ciencias.

Ello, desde luego, no significó que los sectores antirreformistas (enfrentados, por igual, a la vía revolucionaria francesa, como a la “igualitarista” inglesa) se quedasen con los brazos cruzados, al contrario: 1) la Inquisición se opuso a la difusión de las ideas económicas de Adam Smith y a la publicación de su obra en España, 2) nunca permitió —como sí ocurrió durante el reinado de Carlos III— que la autoridad real pudiese someter a los enemigos de la Ilustración y, por otra parte, 3) la paz firmada con Francia (Primer Tratado de San Ildefonso en 1796) para entrar en guerra contra Inglaterra no generó apoyo a favor del monarca y sus ministros, como sí lo hubo en la guerra contra Francia, apoyo que, a partir de 1808, adquirió rasgos de *alzamiento nacional de la conciencia española* (centrada en los valores del catolicismo y la monarquía), con lo cual se perdió, en buena parte, el entusiasmo que hasta 1792 existió con respecto a las banderas de los derechos del hombre y el ciudadano, la soberanía del pueblo y la necesidad de emprender cambios radicales, con las que se identificaba el proceso revolucionario al otro lado de los Pirineos. Además, a partir de este último año, la Inquisición asumió (y hay que pensar en toda una “red” extendida por suelo español que estaba orientada hacia una sola línea de trabajo: extirpar la difusión de las ideas reformistas, para acercarnos a la comprensión de su eficacia) el combate de las ideas ilustradas y liberales, así: 1) se suspendieron las clases de Historia y Derecho Natural en las universidades, 2) se prohibieron todas las publicaciones privadas, 3)

los franceses que vivían en España fueron sometidos a constante vigilancia y detención, 4) todos los españoles fueron conminados a delatar a quienes tuvieran y difundieran literatura revolucionaria y 5) la guerra contra la *Convención* fue ideologizada al máximo, al señalársela como emprendida en defensa de la religión y la monarquía... Todo lo cual actúa, para efectos de la *interpretación histórica* como indicador de la fortaleza que las ideas liberales e ilustradas habían alcanzado en tierra ibérica (Santana Pérez alude a la gestación de un ...“conflicto medular”... de todo un siglo: p. 277) al merecer tan activo combate.

Pero todo ello, sin embargo —y para efecto de lo que intentamos apuntar en las líneas iniciales de esta reseña— no “*explica*”, plenamente, en su *complejidad*, el proceso vivido por España, los españoles y el régimen de Carlos IV: más que los sentimientos patrióticos, es la fuerza unidimensional del mensaje ideologizador de la Iglesia (acaso equiparable al de los medios de información masiva en la actualidad) lo que “*explica*” las actitudes populares (¿siempre volubles?), casi una *cruzada*, de odio contra la “*libertad*” y la “*filosofía moderna*” (p. 276). Además, las actuaciones de la Iglesia respondían a situaciones históricas que iban mucho más allá de la defensa de sus “valores” y los de la nobleza: desde el reinado de Carlos III, quien la convirtió en instrumento eficaz de su política (p. 283), ella buscaba recuperar autonomía (los Borbones habían tenido la pretensión de constituir un Episcopado español) e influencia sobre las políticas gubernamentales; así que, al atacar al liberalismo y la Ilustración, se atacaba también a la corona borbónica. Por otra parte, la Iglesia no pudo escapar al acontecer bélico y fiscal en el que se veía envuelta España: la arcaica estructura impositiva no permitía atender los gastos de guerra y de sostenimiento del Estado y éste debió recurrir a las “donaciones” eclesiásticas y ordenar que los ornamentos de oro y plata que no fueran utilizados en los servicios litúrgicos, fueran enviados a las Casas de la Moneda de Madrid y Sevilla (1795). Esto, además, significó que Carlos IV, no sólo tuviese que contar entre sus “problemas internos” a las presiones de los reformistas; sino también a la Iglesia: Jovellanos, Saavedra y Urquijo

tuvieron choques con el aparato eclesiástico español y con Azara (embajador en Roma), al punto de que el decreto que preveía la supresión de la Inquisición (gracias a la acción del Papa Pío VII y su nuncio Casani) no llegó a ser firmado.

Y esos no fueron los únicos enemigos de Carlos IV^o, igualmente contó con el agrupamiento de los aristócratas en torno al príncipe heredero, lo cual explica que el paso de 28 mil soldados franceses por suelo español hacia Portugal en 1807 y la presencia de 100 mil al norte del Ebro en marzo del año siguiente, no generara, inicialmente, oposición; puesto que Iglesia y Nobleza lo vieron como un apoyo a las aspiraciones del príncipe Fernando contra su padre.

Este trabajo de Juan Manuel Santana Pérez en el Nº. 28 de la revista *Cuadernos del Sur. Historia*, desde luego que no pretende “reivindicar” (el pensamiento anticlerical y antimonárquico es una de las señas más marcadas que definen su actitud ante la vida) al reinado de Carlos IV (si ese fuese el propósito, todo lo alcanzado en el trabajo de la profesionalización del oficio en lo teórico, lo metódico y lo ético, se lo estaría ...“echando a los cochinos”... como suelen decir los canarios palmeros que viven en el venezolano Estado Lara para referirse a la inutilidad de un esfuerzo perdido tras bastante tiempo de empeño por materializarlo y profundizarlo en sus logros); sino acercar el análisis histórico a una dimensión más próxima a la dialéctica de la vida dentro de la que, por estar a nuestra altura de individuos “de a pie”, nos podemos reconocer en la Historia de la que provenimos. Por esto, si en lugar de “liquidar” el período que le correspondió ocupar a Carlos IV como rey, señalándolo como el de un monarca incapaz y “cornudo”... se lo caracteriza como aquél en el que la crisis que se arrastraba se agudizó; sin que en ese tiempo ella se produjera, dado que al monarca le correspondió actuar en un ...“juego de equilibrios políticos y sociales entre distintas fuerzas”... (p. 287) y que fueron ...“años de desastre y desilusión”... (Idem.); tampoco se está alcanzando la inalcanzable “*verdad histórica*”; pero si

nos sentimos más “cerca” de ella, porque nos muestra un panorama más allegado (o al menos “más palpable”) al que nos ha tocado vivir: siempre doblegado a un “juego de equilibrios” y preñado de “desilusión”...

2. SOLANGE, ALBERRO; LUQUE AGRAZ, ELIN; BELTRÁN, MICHELE Y OLIMÓN NOLASCO, MANUEL. *Retablos y exvotos, México: Museo Franz Mayer, Artes de México (Colección Uso y estilo, Nº 8), 2000, 84 págs.**

Francisco Franco**

Un tema que provoca numerosas preguntas acerca de lo religioso en Latinoamérica es el culto a las figuras intermediarias del llamado catolicismo popular: los “muertos o ánimas milagrosas”, los santos, las vírgenes y las distintas invocaciones de Cristo. Este culto popular generalmente se aleja de los dogmas, de la moral, de las disposiciones eclesiásticas y el control del clero católico. Entre devotos y estas “deidades” se establece una relación recíproca e íntima, un intercambio donde el espacio sagrado y el profano o terrenal están siempre en contacto permanente; “...en la que cada una de las partes se ve obligada a cumplir, en una economía cosmogónica que engloba, como en la Antigüedad y en el mundo prehispánico, lo terrenal y lo sobrenatural.” (Solange Alberro, p. 28).

* NOTA DEL COMITÉ DE REDACCIÓN: esta reseña tiene data de realización en marzo de 1999, mes al final del cual fue presentada a **Presente y Pasado. Revista de Historia**, cuyo COMITÉ DE ARBITRAJE aprobó su publicación en Junio del mismo año.

** Licenciado en Historia (U.L.A.: 1983). Magister Scientiae en Etnología, Mención Etnohistoria.